

extremo del flanco izquierdo hasta que llegasen los prusianos. El frente de esta parte del ejército enemigo se hallaba cubierto por veinte cañones.

A cosa de la una y media lanzó Ney la brigada Quiot sobre el Haye-Sainte, y de Erlón bajó con sus cuatro divisiones al valle que le separaba de los ingleses. Más sencillo hubiera sido demoler á cañonazos el Haye-Sainte, y de este modo lo mismo que en el castillo de Goumont se hubiera ahorrado mucha sangre; pero era el ardor tal que no suponían nada los obstáculos. Los soldados de Quiot conducidos por Ney, lanzándose primero sobre la huerta que precedía á las habitaciones de la heredad y que se hallaba rodeada por una cerca viva, penetraron después en ella recibiendo una granizada de balas y expulsaron á los soldados de la legión alemana. Conquistada la huerta, quieren apoderarse de las habitaciones, pero desde las trincheras de los muros parte un fuego mortífero que los diezma. Un valiente oficial muerto después al pie de las murallas de Constantina, el comandante de ingenieros Vieux, se adelanta con un hacha en la mano para echar abajo la puerta de la casa, recibe un disparo, se obstina y no cede hasta que las heridas no le permiten permanecer en pie. La puerta resiste y continúan lloviendo las balas desde lo alto de las paredes.

Comprendiendo el príncipe de Orange al ver este ataque el peligro del batallón alemán que defiende el Haye-Sainte, envía en su socorro al batallón hannoveriano de Lunebourg. Ney deja aproximarse á los hannoverianos y lanza sobre ellos uno de los regimientos de coraceros. Caen sobre el batallón de Lunebourg, le dispersan, le pisotean, le cogen su bandera, y después de acuchillar á una porción de los hombres que le formaban, persiguen á los restantes hasta el borde de la meseta. Los guardias de á caballo de Somerset cargan á su vez á los coraceros, los cuales, sorprendidos en desorden, se ven obligados á retroceder; pero Ney, oponiendo á los guardias de á caballo un batallón de Quiot, los detiene con un fuego vivísimo. Mientras que el combate se prolonga en torno del Haye-Sainte, cuya huerta es lo único que se ha conquistado, de Erlón avanza con sus cuatro divisiones protegido por la gran batería francesa de los ochenta cañones, recorre el fondo del valle, y llega hasta el borde del lado opuesto. Caminando por un terreno enlodado, su infantería avanza lentamente hacia el enemigo. Poco después no pueden los cañones disparar por encima de sus cabezas, y continúa su marcha sin protección, lo que no impide que llegue á la meseta de la colina con una fuerza notable. Al acercarse á la cumbre un terrible fuego graneado procedente del camino de Ohain, en donde estaba emboscado el 95, recibe al primer escalón de la izquierda formado por la segunda brigada de la división Alix (hemos visto que la primera brigada atacaba al Haye-Sainte). Para librarse de este fuego se apoya en la derecha la división Alix y estrecha la distancia que le separa del segundo escalón (división Doncelot). Las dos avanzan hacia el camino de Ohain, le atraviesan á pesar de las cercas vivas que lo estorban, y después de sufrir mortíferas descargas se precipitan sobre el 95 y sobre los batallones desplegados de la brigada Bylandt, matando á un gran número de soldados del 95 y dispersando con la bayoneta á las fuerzas de Kempt y de Bylandt. A su derecha, el

tercer escalón (división Marcognet), después de haber llegado hasta la altura azotado por la metralla, atraviesa á su vez el camino de Ohain, destruye á los hannoverianos y sube á la meseta conservándose á corta distancia de las divisiones Alix y Doncelot. La victoria favorecía á los franceses y parecía ganada la posición, cuando á una señal del general Picton, los escoceses de Pack, ocultos en los trigos, se levantan de improviso y disparan á quemarropa sobre las dos primeras columnas enemigas. Sorprendidas por este fuego en el momento mismo en que llegan á la meseta, se detienen; y el general Picton manda á los batallones de Pack y Kempt que les den una carga á la bayoneta. Herido en la frente por una bala cae muerto, pero la carga continúa y las dos columnas no pueden menos de perder terreno. Sin embargo, resisten, avanzan y se confunden con la infantería inglesa, cuando de pronto una tempestad imprevista descarga sus furores sobre los combatientes. Llegado al teatro del combate el duque de Wellington, lanzó sobre la infantería francesa los mil doscientos dragones escoceses de Ponsonby, llamados los *escoceses grises*, porque este era el color de los caballos que montaban. Estos dragones, formados en dos columnas y cargando con todo el vigor de los caballos ingleses, penetran entre la división Alix y la división Doncelot por un lado, y entre la división Doncelot y la división Marcognet por otro.

Abordan por el flanco á las profundas masas de la infantería enemiga que no puede desplegar para formarse en cuadro, penetran en su seno sin dispersarlas á causa de su intensidad, pero producen en ellas una especie de confusión. Cediendo al choque de los caballos y empujadas por el declive del terreno, las columnas descienden confundidas con los dragones hasta el fondo del valle. Los escoceses grises cogen por una parte la bandera del 105 (división Alix) y por la otra la del 45 (división Marcognet). No se limitan á esto sólo sus hazañas. Dos baterías que formaban parte de la gran batería de ochenta cañones se habían puesto en movimiento para apoyar á la infantería. Los dragones dispersaron á los artilleros, degollaron al bravo coronel Chandón, hundieron los cañones en el fango, y no pudiendo llevarse los caballos, los mataron.

Afortunadamente este fué el límite de su triunfo. Napoleón percibe el desastre desde el terrontero en donde estaba, y montando á caballo, atraviesa á galope el campo de batalla, corre al encuentro de la caballería de Milhaud y lanza sobre los dragones escoceses la brigada Travers compuesta del 7.º y 12 de coraceros. Uno de estos regimientos les ataca de frente, mientras que el otro les coge de flanco, y el general Jacquinet dirige hacia ellos por el opuesto lado al 4.º de lanceros. Sorprendidos los dragones escoceses en el desorden de una persecución á todo escape y asaltados en todos sentidos, son destruidos en un instante. Los coraceros franceses, ansiosos de vengar á la infantería, hacen en ellos una horrible matanza. El 4.º de lanceros, conducido por el coronel Bro, no los trata mejor con sus lanzas. Un maestre de campo de los lanceros llamado Urbán, precipitándose en medio de los combatientes, hace prisionero al jefe de los dragones, al valiente Ponsonby. Esforzándose los escoceses por libertar á su general, le mata Urbán, y después, amenazado por muchos

dragones, se dirige hacia uno de ellos que tenía la bandera del 45, le echa por tierra de un lanzazo, le mata con otro, le quita la bandera, se liberta de otro escocés que le atacaba de cerca matándolo, y vuelve cubierto de sangre á llevar á su coronel el trofeo que tan gloriosamente había reconquistado. Los escoceses, cruelmente tratados, corren á refugiarse en las líneas de la infantería de Kempt y de Pack, dejando en el campo, de mil doscientos hombres que componían su brigada, setecientos ú ochocientos entre muertos y heridos.

La división Durutte, que en el extremo derecho de Erlón formaba el cuarto escalón, sufrió sobre poco más ó menos la misma suerte que las otras tres. Avanzó en el orden prescrito á las cuatro divisiones, es decir, con sus batallones desplegados y formados los unos detrás de los otros á la distancia de cinco pasos. Sin embargo, notando que la caballería de Vandeleur se disponía á cargar sobre ella, formó á su espalda en cuadro el 85 para que le sirviera de apoyo. Asaltada por los dragones ligeros de Vandeleur, no había sido deshecha, pero su primera línea cedió un momento al empuje de la caballería. Librándose á fuerza de disparos de fusil y socorrida por el 3.º de cazadores, se replegó con orden hacia el cuadro del 85, que permaneció inalterable.

Tal fué la suerte que consiguió el ataque dirigido contra la izquierda de los ingleses, ataque del que Napoleón esperaba inmensos resultados. Una falta de táctica imputable á Ney y á de Erlón dejó las cuatro columnas de la infantería francesa á merced de la caballería enemiga, y les costó cerca de tres mil hombres entre muertos, heridos ó prisioneros. Los ingleses habían perdido sus dragones, una parte de la infantería de Kempt y de Pack, los generales Picton y Ponsonby, y en resumen un número de hombres igual sobre poco más ó menos al de los franceses; pero conservaban su posición, y era precisa una nueva operación para quitársela, con la desventaja de haber fracasado la primera tentativa. Con todo, quedaba á los franceses una parte de la heredad del Haye-Sainte, y los soldados, cuyo ardor no se entibiaba lo más mínimo, corrían á reformar sus filas en el borde del valle que les separaba de los ingleses. Napoleón acudió á este punto, y paseándose lentamente delante de sus tropas, veía las balas cruzarse en todas direcciones y contemplaba los resplandores con que llenaban el aire los obuses. El bizarro general Desvaux, comandante de la artillería de la guardia, acababa de ser muerto á su lado.

Aunque muy disgustado con este incidente, Napoleón mostraba á sus soldados un rostro tranquilo y lleno de confianza, y encargaba que les dijeran que obrando de un modo distinto lograrían vencer la tenacidad británica; pero otra cosa llamaba su atención en aquel instante. El general Domón, enviado al encuentro de las tropas que habían apercibido en las alturas de la capilla de Saint-Lambert, anunciaba que estas tropas eran prusianas, que se batía con ellas, que había dado muchas cargas á su vanguardia y que para contenerlas necesitaba fuerzas de infantería. Ya sus balas llegaban hasta la calzada de Charleroy, detrás del flanco derecho de los franceses. Al mismo tiempo un oficial del mariscal Grouchy que había logrado llegar hasta el cuartel de Napoleón, manifestó que su jefe, en vez de partir de Gembloux á las cuatro de la mañana, había partido á

las nueve y que se encaminaba á Wavre. Si el mariscal hubiera marchado en línea recta hacia Mont-Saint-Jean hubiera podido reunirse con el ejército á cosa de las tres de la tarde; pero Napoleón veía claramente que Grouchy no había comprendido ni la topografía del terreno ni su misión, y empezaba á perder la esperanza de que acudiese en su auxilio. Por lo tanto iba á tener que habérselas con dos ejércitos; y ya era demasiado tarde para batirse en retirada, porque podían asaltarle por la espalda y por el flanco ciento treinta mil hombres autorizados para creerse victoriosos, á los cuales no podía oponer más que sesenta y ocho mil reducidos á sesenta mil, que se creían vencidos en cuanto les ordenasen un movimiento retrógrado. Napoleón resolvió, pues, combatir la tormenta que le amenazaba, y no desesperó de poder hacer frente á todas las dificultades con los bravos soldados que le trasladaban, soldados cuya exaltación parecía aumentarse cuanto mayor era el peligro. El conde de Lobau se dirigió hacia la derecha con el fin de escoger un terreno á propósito para la defensiva. Napoleón le ordenó que se trasladase á él con su cuerpo reducido á dos divisiones, con motivo de la partida de la división Teste, reuniendo entre las dos unas siete mil quinientas bayonetas; y además aumentó sus fuerzas con algunas baterías de la guardia para reemplazar la batería de á 12 que le pertenecía y que fué una de las que destruyeron los dragones escoceses. El conde Lobau partió inmediatamente, y su cuerpo, abandonando su centro, atravesó el campo de batalla con una lentitud imponente, yendo á establecerse á la derecha en línea paralela á la calzada de Charleroy, y formando un ángulo recto con la línea de batalla francesa.

El terreno que resolvió ocupar el conde de Lobau era el mejor para resistir con poca gente el ímpetu de fuerzas superiores. Como hemos dicho ya, el pequeño valle situado entre los dos ejércitos servía, prolongándose, de lecho al arroyo de Smohain, y más lejos se reunía con el arroyo de Lasne. Entre los dos se elevaba una especie de promontorio cuyas pendientes se hallaban pobladas de árboles. El conde de Lobau se estableció oblicuamente sobre este promontorio, teniendo su derecha en la heredad de Hanotelet, su izquierda en el castillo de Frichermont, enlazándose con la división Durutte hacia la heredad de Papelotte; defendiendo de este modo todo el espacio comprendido entre los dos arroyos, había colocado al frente de sus tropas una batería de treinta cañones que esperaba al enemigo con la mecha en la mano.

El cuerpo de Bulow bajó desde la capilla de Saint-Lambert hasta el lecho del arroyo de Lasne por un camino de los más difíciles, formado á trozos de arena movediza y de una arcilla escurridiza, con cuyo motivo le costó un inmenso trabajo hacerse seguir por la artillería. Después de dejar atrás estos malísimos terrenos, tenía que pasar por un espeso bosque en el que algunas tropas bien apostadas podían contener á un ejército. Por desgracia la persuasión que se abrigaba de que sólo Grouchy llegaría por aquel punto, hizo que no se tomara ninguna precaución, y Blücher, que acababa de juntarse á Bulow, experimentó al notar lo una gran alegría. A cosa de las tres de la tarde sobre poco más ó menos, se acercaban á la posición que ocupaba Lobau

las dos primeras divisiones de Bulow, la de Losthin por el arroyo de Smohain, la de Hiller por el de Lasne, una y otra precedidas por la caballería. Los escuadrones de Domón y de Subervic retardaban su marcha acuchillándola. Lobau, en batalla sobre el borde de la colina, las esperaba dispuesto á recibirlas con la metralla de sus cañones.

Napoleón, sin alarmarse todavía por los sucesos que en este punto podían sobrevenir, modificó su plan. Habiendo tomado la ofensiva contra los ingleses, dependía de su voluntad suspender la acción, no emprendiéndola de nuevo para hacerla decisiva hasta que hubiera podido apreciar toda la importancia del ataque de los prusianos. Su proyecto era, pues, acoger á estos últimos de un modo tan vigoroso que permaneciesen contenidos por lo menos una ó dos horas; volver después á combatir con los ingleses; encaminarse por la calzada de Bruselas á la meseta del Mont Saint-Jeán con el cuerpo de Erlón reformado, con la guardia, con la caballería de línea, y lanzarse sobre el centro del duque de Wellington para terminar el combate con un acto de desesperación. Pero para obrar con seguridad necesitaba poseer en el centro el Haye-Sainte á fin de contener á los ingleses, mientras los contemporizaba, y poder en breve tiempo llegar á la colina cuando quisiera descargar sobre ellos este último y decisivo golpe. Además necesitaba en la izquierda apoderarse por completo ó en parte del castillo de Goumont, condiciones indispensables para poderse sostener. Encargó á Ney que conquistase á todo precio el Haye-Sainte, que se estableciese en este punto y que esperase en él la señal que le daría para llevar á cabo una tentativa general y definitiva contra el ejército británico. Al mismo tiempo envió Napoleón á Reille algunos obuses para incendiar el castillo y la heredad y se los envió porque su batería de á 12 había sido destinada á la batería de la derecha, faltándole por lo tanto artillería en el ataque del castillo de Goumont.

Mientras dictaba estas disposiciones continuaba el combate con el mismo ardor en la izquierda y el centro. La división Jerónimo se encarnizó luchando contra las fuerzas que defendían la huerta y las habitaciones del castillo de Goumont, y perdió casi tantos hombres como los que había muerto al enemigo, concluyendo por atravesar la espesa cerca que se encontraba á la salida del bosque. No pudiendo forzar los atrincheros muros del jardín, avanzó hacia la izquierda para apoderarse de las habitaciones de la heredad, mientras que la división Foy, reemplazándola en el bosque, combatía con los ingleses á lo largo de la huerta. El coronel Cubieres, comandante del 1.º de ligeros, que dos días antes se había señalado en el ataque del bosque de Bossú, rodeó las habitaciones bajo un fuego espantoso que partía de la meseta. Descubriendo detrás del edificio una puerta que daba al patio del castillo, resolvió echarla abajo. Un bizarro militar, el subteniente Legrós, antiguo sargento de ingenieros que entre sus camaradas era conocido por el apodo de el *enfonceur* (hombre forzado, especialidad para echar puertas abajo), apoderándose de un hacha derribó la puerta, y á la cabeza de unos cuantos valientes penetró en el patio. Ya era de los franceses la posición é iban á hacerse enteramente dueños de ella, cuando el teniente coronel Macdonell, acudiendo al frente de los guardias ingleses, logró re-

chazar á los soldados enemigos y cerrar la puerta, salvando de este modo el castillo de Goumont. El bizarro Legrós quedó muerto en el campo. El coronel Cubieres, herido dos días antes en los Quatre-Bras, cubierto de balazos, y que además había sufrido una caída de su caballo, iba á ser degollado, cuando los ingleses, entusiasmados con su bravura y teniendo presente su edad, le libertaron de la muerte y se lo llevaron hecho un mar de sangre. Los franceses tuvieron, pues, necesidad de volver al lindero del bosque sin haber conquistado aquel fatal montón de muros.

Con todo, habiendo llegado la batería de obuses, fué colocada en el borde del valle, y envió al castillo y á la heredad una lluvia de granadas, que no tardaron en incendiar los edificios. En medio de este incendio, los ingleses, que á cada instante recibían refuerzos, se obstinaban en conservar una posición que consideraban como de la mayor importancia para la defensa de la meseta de Mont-Saint-Jeán. Este combate había costado ya tres mil hombres á los franceses y dos mil á los ingleses, sin ofrecer más resultados á los primeros que la conquista del bosque de Goumont. Las divisiones Jerónimo y Foy se reunieron en torno de este bosque en el que hallaban una especie de abrigo, y la división Bachelú, reducida á tres mil hombres en la lucha de los Quatre-Bras, se acercó á las dos para librarse también de los disparos de la artillería británica, aguardando la ocasión de emplear su valor con más utilidad. Así, pues, el espacio que mediaba entre el castillo de Goumont y la calzada de Bruselas, en el que Ney atacaba al Haye-Sainte, permaneció casi desocupado.

Ney redobló en el Haye-Sainte sus esfuerzos para apoderarse de una posición de la que Napoleón quería servirse para intentar más tarde un ataque decisivo contra el centro de los ingleses. La brigada Quiot se quedó en la huerta y continuó desde allí enviando sus balas á las habitaciones de la heredad. Las divisiones de de Erlón se reformaron en el borde del valle, y Ney las reunió en torno suyo con el fin de lanzarlas á la meseta por la calzada de Bruselas cuando llegase el momento oportuno. El ilustre mariscal no necesitaba ciertamente ser estimulado, porque su bravura sin igual parecía traspasar en aquella jornada los límites de las fuerzas ordinarias de la humanidad. Sabiendo que Napoleón quería á todo precio apoderarse del Haye-Sainte, se puso al frente de dos batallones de la división Donzelot, que se había rehecho primero, y avanzando directamente hacia el Haye-Sainte se precipitó en ella con impetuosidad. Arrastrados por él los soldados, echaron abajo la puerta de la heredad y penetraron en ella bajo un fuego espantoso, destruyendo al batallón ligero de la legión alemana que la defendía. De cerca de quinientos hombres, sólo cuarenta con cinco oficiales lograron fugarse, perseguidos á sablazos por los coraceros franceses, una brigada de los cuales no cesó de tomar parte en el combate.

La legión alemana, colocada á lo largo del camino de Ohain, al ver venir á estos desgraciados restos de uno de sus batallones, quiso acudir en su socorro. Dos batallones destacados descendieron hasta el Haye-Sainte para intentar recuperar la heredad. En cuanto los vió Ney, lanzó sobre ellos la brigada de los coraceros. Los dos batallones alemanes se formaron inmediatamente en cuadro, pero los coraceros, cayendo sobre ellos con

impetuosidad, deshicieron uno, le acuchillaron y le cogieron la bandera. El otro, con tiempo suficiente para formarse, resistió dos cargas consecutivas, y ya iba á ser disuelto á su vez, cuando le libertaron de sufrir esta suerte los guardias de á caballo de Somerset. Los coraceros franceses se replegaron, viéndose en la necesidad de dejar escapar á uno de los dos batallones, pero con la cruel satisfacción de haber destruído casi por completo al primero.

Dueño Ney del Haye-Sainte, se creía en posición de poder llegar victoriosamente á la meseta por la calzada de Bruselas, y pidió los medios para emprender esta operación en la creencia de que se le presentaba la ocasión de dar al ejército inglés un asalto decisivo. Habiendo acercado al Haye-Sainte las divisiones de de Erlón, las envió hacia adelante y logró ocupar á su derecha la parte más cercana del camino de Ohain que las tropas de Kempt y de Pack, medio destruidas, no podían ya disputarle. Hubiera querido reunirse por la izquierda con las fuerzas de Reille, de las cuales tres divisiones apelotonadas en torno del bosque de Goumont habían dejado un hueco entre este bosque y el Haye-Sainte. Envío muchos mensajes á Napoleón pidiéndole tropas para llenar este hueco, y con el rostro radiante de un ardor heroico dijo varias veces al general Drouot que si ponían á su disposición algunas fuerzas, conseguiría un brillante triunfo, concluyendo con el ejército británico.

Eran las cuatro y media de la tarde, y en aquel momento se había fuertemente pronunciado el ataque de Bulow en el extremo derecho del ejército francés. Las tropas prusianas, saliendo de las pendientes arboladas que había entre el arroyo de Smohain y el de Lasne, subieron la cuesta, la división Losthin á su derecha y la de Hiller á su izquierda. El valiente Lobau, esperándolas con una sangre fría imperturbable, las acribilló á balazos sin lograr contenerlas. Le contestaron lo mejor que pudieron, y sus proyectiles, cayendo detrás de los franceses, en medio de sus parques y de sus bagajes, producían ya cierto trastorno en la calzada de Charleroy. Notando Lobau, con su experiencia, que no se hallaban sostenidas, aprovechó la ocasión y destacó su primera línea, la que cargando sobre ellas á la bayoneta las rechazó hacia el punto de donde habían salido. Sin embargo, este triunfo debido al vigor, á la presencia de ánimo del jefe del 6.º cuerpo, no era más que ganar tiempo, porque empezaban á descubrirse nuevas columnas prusianas que acudían á sostener á las primeras, y aun algunas que, haciendo un rodeo mayor por el flanco derecho de los franceses, se aprestaban á envolverlos. Napoleón, que contaba con los veinticuatro batallones de la guardia, apenas creía que llevasen á cabo semejante proyecto, pero quiso prevenirlo en seguida, y tener razón antes de descargar sobre el ejército inglés el golpe con el que se lisonjeara terminar la batalla. Ordenó, pues, al general Duhesme que se encaminase hacia la derecha del 6.º cuerpo con los ocho batallones de la guardia joven que mandaba, y le confió veinticuatro cañones para que acribillase con su metralla á los prusianos.

Napoleón permaneció en el centro con los quince batallones restantes de la guardia (1), pensando con

(1) Después de la batalla de Ligny, se habían convertido en uno dos de estos batallones. (N. del A.)

estos batallones, la caballería de la guardia y toda la reserva de caballería de línea; caer sobre los ingleses como un rayo en cuanto viera terminado el ataque de los prusianos. Por otra parte Grouchy, después de haberse hecho esperar durante tanto tiempo, podía al fin presentarse. Eran cerca de las cinco, y sin precipitar los acontecimientos, conservándose firme, llegaría á tiempo y contribuiría á un triunfo que no podía menos de ser brillante, si atacaba á los prusianos por la retaguardia mientras que Lobau los combatía de frente. Poseído Napoleón de estas intenciones, mandó decir á Ney que le era imposible enviarle refuerzos de infantería, pero que le enviaba provisionalmente los coraceros de Milhaud para llenar el espacio que había entre el Haye-Sainte y el bosque de Goumont, recomendándole además que esperase sus órdenes para comenzar el ataque que debía decidir de la suerte de la jornada (2).

Obedeciendo á Napoleón, los coraceros de Milhaud que se hallaban detrás de de Erlón se pusieron en marcha, recorrieron al trote el campo de batalla de derecha á izquierda, atravesaron la calzada de Bruselas y fueron á situarse detrás de su primera brigada, que Ney había empleado ya muchas veces contra el enemigo. Tomaron posición entre el Haye-Sainte y el bosque de Goumont para llenar el espacio que habían dejado vacante las divisiones de Reille, que, como hemos dicho, se habían aglomerado alrededor del bosque. El movimiento de estos formidables jinetes, que constituían ocho regimientos y cuatro brigadas, produjo una viva sensación. Todo el mundo creyó que iban á cargar, y por lo tanto que se acercaba el momento supremo; así es que los saludaron con el grito de *¡Viva el emperador!*, al que respondieron con las mismas aclamaciones. Al pasar el general Milhaud por delante de Lefebvre-Desnoettes que mandaba la caballería ligera de la guardia, le dijo estrechando su mano: *Voy á atacar, apóyame.* Lefebvre-Desnoettes, cuyo ardor no necesitaba de nuevos estimulantes, creyó que su amigo obedecía al emperador y que por orden suya le pedía que apoyase á los coraceros, y siguiendo su movimiento fué á colocarse detrás de ellos.

En Wagram y en Fuentes de Oñoro hubo ocasión de deplorar la institución de los comandantes en jefe de la guardia imperial, que la paralizaron inoportunamente en estas famosas jornadas; en Waterloo, por el contrario, fué deplorable la decadencia de la institución (debida á la enfermedad de Mortier) porque no había nadie que contuviese estos intempestivos arrebatos, y para mayor desdicha, Napoleón, obligado á abandonar la posición que ocupaba en el centro, se dirigió hacia la derecha con el fin de dirigir el combate contra los prusianos, de modo que estos últimos privaban á la Francia de sus reservas y hasta de la misma persona de Napoleón.

Cuando Ney vió á sus órdenes una caballería tan numerosa como brillante, redobló su confianza y su audacia, y se mostró tan impaciente de cumplir la promesa que había hecho á Drouot que, á dejarle obrar en plena libertad, se creía capaz por sí solo de concluir con el ejército inglés. En aquel momento introdujo el duque de Wellington algunos cambios en su orden de batalla producidos por los cambios operados en el de los fran-

(2) El lector hallará en la pág. 688 la discusión de esta aserción de Napoleón. (N. del A.)

ceses. La división Alten, colocada en su centro y á su derecha, había sufrido cruelmente. La reforzó disponiendo que avanzasen el cuerpo de Brunswick y las brigadas Mitchell y Lambert. Prescribió al general Chassé, establecido desde el principio en Braine-la-Alléud, que acudiese á apoyar la extremidad de su ala derecha. Asimismo amó en su auxilio á la división Clinton, que hasta entonces había formado en la retaguardia del ejército inglés, y de la izquierda á la brigada hannoveriana de Vincke, porque creyó fuera de peligro aquel lado después de la infructuosa tentativa de Erlón y de la aparición de los prusianos. Maltratado por la artillería francesa, expuesto á serlo más aún desde el momento en que el enemigo ocupó el Haye-Sainte, procuró concentrar sus tropas á la derecha, hacerlas avanzar un poco, y á caballo en medio de ellas, las aprestaba para recibir un rudo asalto, fácil de presenciar al ver brillar los cascos de los coraceros y las lanzas de la caballería ligera de la guardia.

La artillería de los ingleses quedó sola en el borde de la meseta, á causa del movimiento retrógrado que operó su infantería, y también por efecto de una táctica que les era habitual. Cuando su artillería se veía amenazada por tropas de á caballo, acostumbraban á encerrar en medio de los cuadros á los artilleros y tiros, dejando sin defensa los cañones, que el enemigo no podía llevarse por falta de caballos; y cuando pasaba el nublado salían de su encierro y corrían á los cañones para dispararlos contra la caballería en retirada. Así, pues, delante de la línea inglesa había sesenta piezas muy poco protegidas, y por lo mismo tentando la codicia de un enemigo audaz. Ney, agitado aún por el combate del Haye-Sainte y confiado al tener á sus órdenes los cinco mil jinetes con que acababan de aumentarse sus fuerzas, jinetes que formaban cuatro brillantes líneas de caballería; Ney, repetimos, no era hombre capaz de permanecer tranquilo recibiendo las descargas de la artillería inglesa. Notando que se hallaban sin apoyo y que la infantería había retrocedido, resolvió apoderarse de la fila de cañones que tenía delante, y poniéndose al frente de la división Delort, compuesta de cuatro regimientos de coraceros, y ordenando á la división Wathier que le sostuviese, partió al trote á pesar del mal estado del terreno. No pudiendo desembocar por la calzada de Bruselas, que se hallaba obstruída, molestado por el encajonamiento del camino de Ohain, profundísimo en aquel paraje, se dirigió un poco hacia la izquierda, llegó al borde de la meseta con sus cuatro regimientos y cayó como un rayo sobre la artillería tan pobremente defendida. Después de traspasar la línea de los cañones, vió que retrogradaba la división Alten y lanzó en su persecución á sus coraceros. Estos bravos jinetes, á pesar de la granizada de balas que caía sobre ellos, llegaron á escape hasta los cuadros de la división Alten y destruyeron muchos de ellos acuchillándolos con furor. Sin embargo, algunos de estos cuadros sofocados al pronto por el peso de los hombres y de los caballos, no tardaron en reparar sus brechas. Otros que permanecieron intactos no cesaron de hacer un fuego mortífero.

Al notar Ney esta resistencia, envió su segunda división, la de Wathier, y con el violento esfuerzo de estos nuevos cuatro regimientos de coraceros la división Alten fué rechazada hasta el paraje que ocupaba la segunda

línea de la infantería inglesa. Muchos batallones de las legiones alemana y hannoveriana fueron deshechos, pisoteados, acuchillados y privados de sus banderas. Los coraceros franceses, los más antiguos soldados del ejército, saciaron su furia matando sin misericordia á los ingleses.

Inquebrantable en lo más fuerte de esta tempestad, el duque de Wellington dirige á través de los huecos de su infantería á la brigada de guardias de á caballo de Somerset, á los carabineros holandeses de Trip y á los dragones de Dornberg. Estos escuadrones ingleses y alemanes, aprovechándose del inevitable desorden de los jinetes franceses, logran al pronto aventajarlos y consiguen rechazar su empuje. Pero Ney corriendo al encuentro de Lefebvre-Desnoettes, le indica que se acerque á él, y le lanza sobre la caballería inglesa y alemana del duque de Wellington. Los valientes lanceros franceses se precipitan sobre los guardias de á caballo y utilizando con maestría sus lanzas los derrotan á su vez. Logrando reformarse los coraceros mientras dura la carga, vuelven á entrar en combate, y unidos á los cazadores y á los lanceros caen de nuevo sobre la caballería británica. Se confunden, y mil duelos con el sable ó la lanza tienen lugar entre los jinetes de ambas naciones. Los franceses no tardan en triunfar y una parte de la caballería inglesa queda en el campo. Sus restos se refugian detrás de los cuadros de su infantería, y los jinetes franceses se ven detenidos otra vez con gran perjuicio de la caballería ligera de la guardia, la que desprovista de corazas, ve morir bajo los golpes de las balas un crecido número de hombres y de caballos.

En medio de este espantoso desbordamiento de los furores humanos pierde Ney dos caballos. Su tricornio y su casaca se hallan acribillados por las balas, pero invulnerable siempre, el bravo de los bravos ha jurado destruir al ejército inglés, lo que se lisonjea conseguir al notar lo que ha hecho, y al ver inmóviles sobre el reverso de la meseta tres mil coraceros y dos mil granaderos de á caballo de la guardia que todavía no habían tomado parte en la pelea. Pide que se les confíen para terminar la victoria, reforma los que acaban de combatir, los sitúa en el borde de la meseta para dejarles respirar y corre hacia los otros para guiarlos al combate.

Todo el ejército descubrió desde lejos esta formidable lucha, y al ver el movimiento de los cascos, de las lanzas, al ver que los jinetes iban y venían sin abandonar su posición, auguró los mejores resultados.

Desde el primero hasta el último soldado, todos pensaban instintivamente que era preciso continuar aquella obra, toda vez que había sido comenzada, y tenían razón; porque si era una torpeza emprenderla, interrumpirla lo hubiese sido mucho mayor.

Napoleón, cuyas miradas se fijaron en el punto en donde combatía la caballería produciendo un espantoso tumulto, descubrió la operación que había llevado á cabo la impaciencia de Ney. Los que se hallaban en torno suyo aplaudieron; pero este consumado capitán, que ya había dado en persona más de cincuenta batallas campales, exclamó: «*Se ha adelantado una hora...*

—*Ese hombre, añadió el mariscal Soult refiriéndose á Ney, es siempre el mismo. Va á comprometerlo todo como en Jena, como en Eylau.*» Sin embargo, Napoleón pensó que era preciso sostener lo que ya estaba hecho, y envió

á Kéllermann la orden de apoyar á los coraceros de Milhaud. Los tres mil coraceros de Kéllermann tenían á sus espaldas la caballería de línea de la guardia, compuesta de dos mil hombres entre granaderos de á caballo y dragones, y unos y otros ardiendo en deseos de batirse, porque en aquella funesta jornada se mostraba la caballería por lo menos tan entusiasta, tan ardiente como la infantería.

Kéllermann, que acababa de experimentar en los Quatre Bras lo que él llamaba el loco ardor de Ney, censuraba el empleo desesperado que se daba en aquellos momentos á la caballería.

Kéllermann, que acababa de experimentar en los Quatre Bras lo que él llamaba el loco ardor de Ney, censuraba el empleo desesperado que se daba en aquellos momentos á la caballería. Desconfiando del éxito, retuvo una de sus brigadas, la de los carabineros, para servirse de ellos en último caso, y envió los restantes al mariscal Ney con el más profundo pesar. Ney acudió al encuentro de los coraceros de Kéllermann, los entusiasmó con su presencia y sus ademanes, y subió con ellos á la meseta, al borde de la cual tomaba aliento para continuar el combate la caballería que anteriormente se había batido. El duque de Wellington aguardaba con sangre fría este nuevo asalto. Detrás de la división Alten, casi destruída, colocó el cuerpo de Brunswick, los guardias de Maitland, la división Mitchell, y en tercera línea las divisiones Chassé y Clinton. Derribar estas tres murallas era muy difícil, porque podían destruir una, hasta dos, pero apenas podía creerse que lograsen inutilizar á la tercera. Con todo, el audaz Ney sube á la meseta con sus escuadrones cubiertos de hierro, y á su señal parten á galope estos bravos jinetes blandiendo los sables y gritando ¡*Viva el emperador!* Los testigos de esta espantosa escena (1) aseguran que jamás se vió nada semejante en los anales de la guerra. Estos veinte escuadrones, con sus oficiales y generales al frente, se precipitan con toda la fuerza de sus caballos, y á pesar de los nutridos disparos llegan y rompen la primera línea inglesa. La infortunada división Alten, que tanto había sufrido, es rechazada y el 69 inglés destruído por completo. Los restos de esta división se refugian con el mayor desorden en la calzada de Bruselas. Ney, reformando sus escuadrones, los lanza sobre la segunda línea. Se adelantan con el mismo ardor, pero encuentran en ella una resistencia invencible. Muchos de los cuadros son rotos, pero la mayor parte se mantienen firmes, y algunos de los jinetes franceses, llegando hasta la tercera línea, expiran ante las bayonetas enemigas ó retroceden á galope para reformarse y renovar la carga. El duque de Wellington se decide entonces á sacrificar los restos de su caballería, y la envía al teatro de la lucha, donde no tarda en sucumbir, porque si la infantería inglesa puede detener con sus bayonetas á los coraceros, no hay caballería que pueda soportar su formidable choque. En esta situación extrema echa mano de un millar de húsares de Cumberland que todavía no han entrado en campaña; pero al ver aquel sangriento campo de batalla, se repliegan estos húsares desordenadamente, impulsando hacia el camino de Bruselas los trenes de campaña, los heridos y los prófugos que ya se precipitan en gran número por él.

Pero á pesar de la resistencia que encuentra, no des-

(1) Particularmente el general Foy, en su *Diario militar*, dice, como testigo ocular, que nunca en su larga carrera militar había asistido á un espectáculo semejante. (N. del A.)

espera Ney de concluir á sablazos con el ejército inglés. Un nuevo é imprevisto refuerzo llega á auxiliarle. Mientras que sostiene este gigantesco combate, la caballería de línea de la guardia acude sin que se sepa por qué. Había permanecido un poco detrás en un repliegue del terreno, cuando algunos oficiales que se habían adelantado para asistir al prodigioso combate de Ney, creyéndole triunfante, comenzaron á cantar victoria agitando sus sables. Al oír sus gritos avanzaron otros oficiales, y los escuadrones más próximos, figurándose que les mandaban cargar, se adelantaron al trote. La masa entera los siguió, y movidos por un impulso involuntario, los dos mil dragones y granaderos de á caballo subieron á la meseta atravesando un terreno enlodado y pantanoso. Entretanto Bertrand, enviado por Napoleón para contenerlos, corrió en vano tras de ellos sin poder alcanzarlos. Ney se apodera de este refuerzo inesperado y los lanza sobre la muralla de bronce que quiere quebrantar. La caballería de la guardia ejecuta á su vez los mayores prodigios, rompe cuadros, pero careciendo de corazas, pierde un crecido número de hombres bajo el fuego de la mosquetería. Ney, á quien nada desanima, lanza de nuevo á los coraceros de Milhaud, que habían descansado algunos instantes, y opera de este modo una especie de carga continua por medio de los escuadrones que después de haber cargado se retiran á galope para reformarse detrás y cargar nuevamente. Algunos de ellos hasta rodean el bosque de Goumont para volver á ponerse en fila y proseguir combatiendo.

En medio de este encarnizamiento, descubre Ney la brigada de los carabineros que Kéllermann se había reservado, corre á su encuentro, le pregunta qué es lo que hace, y contra la voluntad de Kéllermann se apodera de ella y la guía hacia el enemigo. Los carabineros abren nuevas brechas en la segunda línea de infantería británica, destruyen muchos cuadros, los acuchillan bajo el fuego de la tercera línea; pero concluyen con las tres cuartas partes de la segunda sin llegar á la tercera ni empezar tan siquiera á romper uno de sus cuadros. Ney se obstina y conduce al combate hasta once veces á sus diez mil jinetes, matando siempre sin poder quebrantar la constancia de una infantería que, derrotada un momento, vuelve en sí, se rehace y comienza de nuevo á disparar. Ney, poseído de una furia terrible, habiendo perdido su cuarto caballo, sin tricornio, con la casaca atravesada por las balas, con una porción de contusiones, aunque afortunadamente sin ninguna herida penetrante, dijo al coronel Heymés que si le confiaban la infantería de la guardia acabaría con la infantería inglesa que se hallaba agotada y en el último grado de las fuerzas humanas, ordenándole al mismo tiempo que corriese á pedirsela á Napoleón.

Sostenido por esta esperanza, conociendo que con las tropas de á caballo no podrá terminar el combate y que necesita las bayonetas de la infantería, reúne á sus jinetes sobre el borde de la meseta y los sostiene en este punto con su firme actitud. Recorre sus filas, les exhorta, les dice que es preciso permanecer allí á pesar de los disparos de la artillería, y les anuncia que si tienen valor para conservar la meseta no tardarán en verse libres para siempre del ejército inglés. «Aquí es, amigos míos, les dice, donde va á decidirse la suerte de nuestro país, aquí es donde debemos vencer para asegurar nues-